VIII domingo ordinario-C CONSEJOS PRÁCTICOS Y ESPERANZA Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

TEXTOS

del Sirácida 27, 4-7

Se agita la criba y queda el desecho, así el desperdicio del hombre cuando es examinado.

El horno prueba la vasija del alfarero, el hombre se prueba en su razonar. El fruto muestra el cultivo de un árbol, la palabra, la mentalidad del hombre. No alabes a nadie antes de que razone, porque esa es la prueba del hombre.

de la I carta de san Pablo a los Corintios 15, 54-58

Hermanos: Cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita:

«La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aquijón?».

El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la Ley. iDemos gracias a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo! Así, pues, hermanos míos queridos, manteneos firmes y constantes. Trabajad siempre por el Señor, sin reservas, convencidos de que el Señor no dejará sin recompensa vuestra fatiga.

del evangelio según san Lucas 6, 39-45

En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos una parábola:

—«¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? Un discípulo no es más que su maestro, si bien, cuando termine su aprendizaje, será como su maestro. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: Hermano, déjame que te saque la mota del ojo», sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano.

No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano. Cada árbol se conoce por su fruto; porque no se cosechan higos de las zarzas, ni se vendimian racimos de los espinos.

El que es bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque lo que rebosa del corazón, lo habla la boca».

COMENTARIO

Con frecuencia oye uno decir que no le gusta el Antiguo Testamento, que todo son guerras y asesinatos. Si uno le advierte que en el Antiguo Testamento no todo son libros de género histórico y que aun en ellos, cuando los lee, debe tener en cuenta la cultura de aquel tiempo, insensible a valores que ahora apreciamos, pero que antiguamente se desconocían y que poco a poco fue mejorando y preparando las enseñanzas del Mesías, casi nunca logra uno convencerle. Puede a uno irritarle la crueldad de Jael o de Judit, pero en estos casos por ejemplo, no está en ello el

meollo del mensaje. debería uno descubrir que se está mostrando la capacidad femenina de emular al valor y destreza masculinos.

Me he metido en comentarios referidos a libros históricos y hoy no era este mi propósito. Me sitúo, pues, en las lecturas de este domingo.

Tanto en la primera como en el evangelio, se nos advierte, se nos exige y se nos ilumina para que juzguemos el comportamiento humano, para ser capaces de valorar a la persona en sí misma no en sus externos ropajes.

Los ejemplos que pone el autor revelado para que aprendamos a juzgar, son propios de una cultura agrícola, que el urbanita de hoy desconoce.

Cuando uno come garbanzos o alubias, generalmente, desconocerá que tales alimentos proceden de unas plantas de las que se debió desprender, que de una manera u otra se las sometió a un trillado para destruir la cascara y que finalmente, cribado o aventado a mano o mediante maquinaria, se consiguió el fruto libre de desperdicios, aquello que está comiendo indiferente a estos procesos.

Probablemente también ignora que la cazuela de barro, primero fue arcilla húmeda, después la destreza del operario consiguió darle forma y que si estas operaciones las había hecho bien, el calor del horno endurecería la pieza, pero que de haberlo hecho mal, se resquebrajaría el utensilio y perdería utilidad.

Se empieza a poner de moda ir en primavera a contemplar los frutales en flor, precioso espectáculo. Se conocen y valoran las diferentes clases de manzanas, pero nada se sabe de la labor de poda y fertilizado de los árboles.

Un buen producto es consecuencia de una buena labor de cultivo.

Toda persona, si quiere ser buena, debe examinarse, proponerse mejorar y poner en práctica sus determinaciones, de otro modo a la corta o a la larga se descubrirá que todo él es vacio o maldad.

El fragmento evangélico que se proclama en la misa de este domingo se sitúa en idéntica actitud. Me limitaré a recordar dos de los criterios que recuerda Jesús. Reconozco que existen maestros de vocación y simples enseñadores de profesión. Me limito a comentar la labor del maestro. No hay felicidad mayor que enseñar al que no sabe y martirio peor que pretender enseñar al que no quiere aprender. Todos los que de una u otra manera hemos ejercido el magisterio, hemos pasado por la desagradable experiencia del alumno que quiere saber más que quien instruye y le interrumpe y desacredita si puede. Ante una cultura universitaria y una vocación generosa, no hay peor experiencia que la discusión con el que su único bagaje es propio de cultura periodística, o de semanario sensacionalista. No se trata de domesticar o pretender que del ámbito pedagógico surjan alumnos clones. Abandonado el curso o cursillo, el éxito estará en que salgan personas libres y originales, pero que su base, los cimientos sobre lo que continúe, sean sólidos. Y por encima de todo observar los frutos de su vida. La brillantez de un discurso, la simpatía de un disertante, no son criterios de la validez de lo que exhibe. La admiración que suscita un discurso, tal vez sea bisutería intelectual. Cada árbol se conoce por su fruto, no por su majestuosa apariencia

La enseñanza se San Pablo que la liturgia de hoy nos ofrece, merecería un comentario muy largo, tan largo que ni yo mismo sé cómo y cuando se acabaría. Pienso e indago, vislumbro e imagino. Es todo lo que puedo hacer. Pero cuando el apóstol dice: *Cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita: «La*

muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?».

En el momento de dar sepultura a un muerto, si se entrega un cuerpo para someterlo a la incineración, o si se acepta la entrega de un cuerpo para que ayude a la investigación, uno se deshace en interrogaciones. Es hora de recordar lo que en otro momento el mismo Pablo dirá: " Así también en la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual" (I Cor 15,42).

No se olvide nunca que la resurrección no es una reacción química de un substrato biológico.